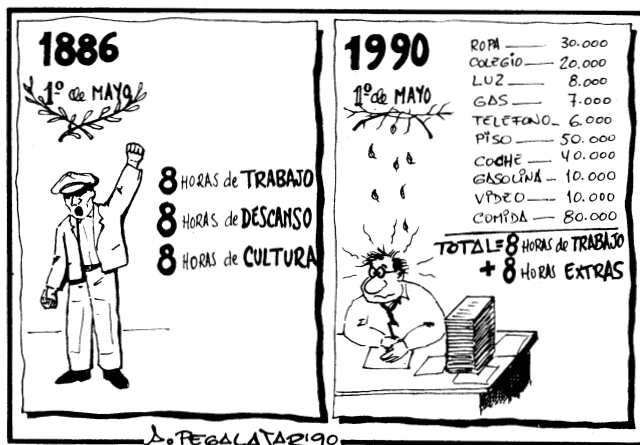


Ante la celebración del Primero de Mayo, los autores hacen un repaso por el mundo del trabajo afirmando que hay demasiados aspectos en él que recuerdan a la situación de hace un siglo, cuando se instituyó la celebración para reivindicar la jornada de ocho horas. Además, se ha olvidado un complemento reivindicativo de aquellos días, las ocho horas de ocio.

1º de Mayo: como hace cien años

78



El derrumbamiento de los regímenes comunistas de la Europa del Este está llevando a los ideólogos del capitalismo a declarar demostrada la bondad del suyo propio. Qué duda cabe que esa pretensión marca la celebración de este año del Primero de Mayo y, en general, las relaciones de clase en estos últimos meses. Pero no está el mundo del trabajo tan cambiado como para dar pábulo a esas pretensiones ni a dar certificado de buena conducta al capitalismo y su sistema de organizar la producción, la economía y la vida ciudadana en su conjunto. Aunque parezca sorprendente, un somero análisis de las condiciones en que trabajan numerosos sectores o colectivos laborales nos lleva a la conclusión de que, a cien años de distancia, no han dejado de tener vigencia las viejas reivindicaciones que motivaron la manifestación de Chicago por cuyo atroz resultado (la condena a muerte para ocho anarquistas) se instituyó el Primero de Mayo.

La principal reivindicación era entonces, como es

sabido, la instauración de la jornada laboral de ocho horas. Desde entonces, muy especialmente entre los sectores sociales más impregnados de las ideas libertarias se popularizó la división del día en tres partes: ocho horas para dormir, ocho para el ocio y ocho para trabajar. Junto a esa reivindicación y la filosofía que la sustenta, la mejora de las condiciones de trabajo en un momento especialmente alienante -eran los tiempos de la extensión de la revolución industrial británica- y la liberación de los trabajadores de situaciones humillantes son el objetivo de las numerosas luchas que se plantean en el ámbito laboral y en el político. Si analizamos hoy la situación de la primera de las reivindicaciones -la de la jornada de ocho horas- parece que, sobre el papel, el movimiento sindical ha conseguido ampliamente el objetivo. Pero si profundizamos en las cifras estadísticas, o en lo que está escrito en los convenios, nos daremos cuenta de que no es así.

En primer lugar, debemos considerar en cuántos

trabajos es obligatorio simplemente echar la jornada que el empresario diga, so pena de perder el puesto de trabajo. Esta es una situación que se da de forma general y que afecta muy especialmente a sectores como el comercio, la construcción, la pesca, las oficinas, los medios de comunicación, el campo, etc. Pero si consideramos colectivos de trabajadores, la situación es generalizada en los jóvenes de primer empleo, entre los contratados temporales, entre los que acceden a puestos de responsabilidad en las empresas, los considerados de libre designación y otro largo etcétera. Pero es que, además el mundo laboral está en estos momentos en manos del empresario, con programas puestos en práctica por los Gobiernos socialistas como pueden ser el llamado 'Andalucía Joven', los contratos de formación, las autorizaciones de quintos turnos y otras formas de trabajo o contratos que siempre suponen la reducción de prestaciones o de derechos para los empleados. De esa forma, por imposición empresarial o de los Go-

biernos, existen grandes contingentes de trabajadores para los cuales las jornadas de diez e incluso doce horas no son cosa desconocida. Pero hay, además, otros colectivos de trabajadores que han asumido de tal forma los valores productivistas del sistema que son ellos mismos los que mediante diversas fórmulas (pluriempleo, horas extras, trabajos serviles, etc.) prolongan todo lo que sea necesario sus jornadas laborales.

En ocasiones, algunas de esas fórmulas son igualmente por imposición de la empresa (las horas extras, sobre todo), pero en otras somos nosotros mismos los que nos forzamos a horarios, que ya hace cien años llamábamos inhumanos, a fin de pagar más pronto el coche o el piso. Y no son tampoco raros los casos en los cuales las contravenciones de lo legislado en esas materias se hacen con la complicidad de algunos sindicatos, bien mediante su autorización, bien por falta de control efectivo o bien por no oponerse de verdad a que se realicen.

Por si fuera poco, la

desorganización de los servicios públicos y de las ciudades modernas llevan a que un trabajador tenga un mínimo de una hora (que suele ser bastante más en las grandes ciudades) de camino entre su domicilio y el centro de trabajo, tiempo que no se cuenta en ningún caso como laboral.

Por si fuera necesario abundar, podríamos preguntarnos qué se hizo de aquella reivindicación de las ocho horas de ocio, de las que escasamente se dispone hoy de un rato para consumirlo en el bar más cercano o frente al televisor de casa. Reflejo de eso es hoy una sociedad en la cual pasear por las calles es un lujo, donde los intereses ciudadanos se han perdido y en la que las actividades culturales brillan por su ausencia. Es decir, no hay ocio por ningún lado, salvo, claro está, para las clases que siempre lo han tenido.

La brevedad nos obliga a no desarrollar otras cuestiones como las condiciones de trabajo; baste decir que en estos últimos días se han ofrecido datos que afirman que está aumentando el número de

accidentes en la construcción y algunos informes proclaman el desinterés de las empresas por las medidas de seguridad. Y no digamos de la proliferación de los accidentes en sectores como la minería y la pesca.

¿Es esta situación como para que los ideólogos del sistema se sientan satisfechos? No es ésta la mejor de las sociedades posibles y muchas de sus lacras sólo siguen existiendo porque el sistema hace oídos sordos a todo lo que no sean los intereses de la clase que lo ha diseñado. De ahí que siga siendo plenamente necesario salir a la calle este Primero de Mayo a reivindicar cosas que el movimiento libertario viene afirmando desde hace cien años por lo menos. Una sociedad más justa, más libre, más solidaria y donde todas las personas tengan igual acceso a los recursos de la Humanidad.

“Los intereses ciudadanos se han perdido y las actividades culturales brillan por su ausencia. No hay ocio, salvo para las clases que siempre lo han tenido”